FANNY KEMBLE

FANNY KEMBLE

(SEGÚN SUS MEMORIAS)

Nacida en Londres hacia 1810, Fanny Kemble fué lo que los parisienses llaman uno de la casa. Su padre, Carlos Kemble, artista de talento, dirigía el teatro de Covent-Garden. Su madre, francesa de origen, había sido actriz cómica bastantes años y aún daba lecciones de declamación. Por último, era sobrina de mistress Siddons y de John Kemble, dos glorias del teatro inglés.

En semejantes condiciones era difícil que no fuera actriz también. Sin embargo, la disgustaba el oficio, la causaba, por mejor decir, terror y una repulsión instintiva.

Perfectamente instruída, muy bien educada, lectora apasionada de *Manfred* y de *Child-Harold,* hubiera preferido escribir y crear, mejor que interpretar, y ya estaba en camino su primer drama, magnífico, en "cinco actos" y en verso, cuando Carlos Kemble tuvo la idea de hacer debutar á su hija.

El pobre director, cuyos negocios en Covent-Garden no eran muy brillantes, esperaba que la juventud y el encanto expresivo y nervioso de Fanny atraerían las ganancias; pero conociendo las ideas de su hija, naturaleza reservada y rebelde á toda exhibición, andaba á tientas, y buscando un sesgo. Empezó á decir tímidamente "que se podría crear una bonita fortuna la joven que debutara con algún talento"; mas en seguida, mostrando su ruina,

—¡Nadie más que tú, Fanny, puede salvarnos! le decía.

Ella entonces no vaciló, hizo callar

sus repugnancias y escrúpulos, y consintió en aprender la parte de Julieta, que recitó antes á sus padres. ¡Qué páginas tan delicadas y encantadoras inspiran estos recuerdos á la actriz!

"Hasta el final de la audición mis padres no dijeron más que "¡está bien, hija mía, muy bien!"; pero cuando acabé, mi padre me abrazó varias veces con extremos de cariño, yo me escapé y fuí á sentarme en la escalera, á mitad de camino del salón y mi cuarto; una vez allí, las lágrimas descargaron mi corazón, tan oprimido por la emoción y el miedo.

"Algunos días después, mi padre me dijo que me llevaba al teatro á fin de asegurarse que mi voz llenaba la sala; yo le seguí.

"Aquel lugar extraño, aquel escenario en que se encontraban amontonadas las decoraciones de cartón y lona representando calles, bosques, castillejos y salas de festín, estaba silencioso y desierto.

Nada se movía en los rincones indistintos de aquellas profundidades misteriosas, que parecían prolongarse infinitamente detrás de mí.

"En frente, el vasto anfiteatro, igualmente silencioso y desierto, cubierto de tela gris, de luz que se deslizaba aquí y allí, desde muy alto ó muy lejos, y venía como un rastro brillante á iluminar el escenario con súbdito resplandor. En esta semiobscuridad, sin oir más que la voz de mi padre salir de aquellas tinieblas en que apenas le distinguía comprendí todos los transportes de esta pasión tan paténtica; mi voz resonó en el espacio que me rodeaba, y arrastrada completamente por la inspiración de este drama sublime, representaba á Julieta como no creo haberlo hecho en mi vida, porque no tenía ni la presencia de Romeo ni la de ningún oyente para contener el vuelo de mi imaginación. Creía encontrarme sola; pero alguien me escuchaba. En el fondo de un

cuarto, encima del escenario y perfectamente oculto á mi vista, se encontraba un antiguo é íntimo amigo de mi padre, el Mayor D..., hombre de la mejor sociedad, crítico notable también en materia de arte y literatura, el mejor juez que mi padre creyó encontrar para decidir si sería yo capaz de seguir la carrera dramática y los éxitos que en ella me esperaban. Muchos años después, y cuando los acontecimientos justificaron la profecía de nuestro antiguo amigo, supe que había sido testigo de esta primera prueba, y que cuando vió á mi padre, le dijo:

—"Hazla debutar en seguida; tendrá un gran éxito.

"Tres semanas después debuté efectivamente, y fué un *gran éxito.*"

Tres semanas en total de estudios habían bastado para este resultado tan hermoso; pero que no se engañen nuestros jóvenes actores y no tomen al pie de la letra estas tres semanas, tras de las cua-

les había, sin hablar de instintivas cualidades y hereditarias, largos años de reflexión y observación, todo un trabajo inconsciente, algo que se adquiere al contacto de los artistas, en la intimidad de sus conversaciones, de sus trabajos y de sus debates. *Representar por inspiración* es una frase que no significa gran cosa.

Si Fanny Kemble no hubiera tenido más que estas tres semanas de estudio y su inspiración, seguramente no hubiera podido dar dos pasos en escena, y Julieta se hubiera preocupado mucho más de sus brazos y manos que de Romeo.

Con detalles minuciosos y de una naturalidad pasmosa, nos refiere la actriz la noche del *debut;* á pesar de la emoción que la velaba la vista y la oprimía la voz como en un estuche, todo lo vió, lo notó, de todo se acuerda, hasta del paseo que dió aquella mañana por el parque reservado de Saint-James. Llevó consigo la

obra de Blunt "sobre los principales caracteres de la Santa Escritura", y escogió los capítulos relativos á San Pedro y San Pablo, buscando en esta edificante lectura un calmante á la excitación de su cabeza y sus nervios.

Singular modo de prepararse para representar la escena del balcón. Equivale á los artículos del Código que Stendhal se condenaba á leer antes de escribir una página del *Amor*.

Por fin, llegó la hora de la representación. Mme. Kemble, la madre de la debutante, retirada del teatro hacía veinte años, volvió á él aquella noche para estar más cerca de su hija. Las dos mujeres llegan juntas al teatro, entra cada una en su cuarto, y hasta que el telón se levantó, Fanny no volvió á ver á su madre, tan emocionada como ella y temiendo demostrar su emoción.

"Mi querida tía Dall, mi doncella y la modista se ocuparon de mí, y mi *toilette*

terminada, me hicieron sentar con la cola de satén cuidadosamente recogida sobre el respaldo de la silla, y esperé inmóvil el momento de mi salida á escena, apretando convulsivamente una contra otra la palma de las manos, y procurando en vano contener las lágrimas que corrían lentamente sobre el rojo de mis mejillas.

"Mi tía trataba de borrar sus huellas, y con una sonrisa de compasión, ponía un poco de afeite á cada instante en los surcos que iban dejando.

"De rato en rato, mi padre venía á llamar á la puerta, diciendo con inquieta voz:

"—¿Cómo está?

"Mi tía le confiaba y le alejaba con buenas palabras. Por fin, dieron un brusco golpe en la puerta seguido de un:

"Se espera á miss Kemble para entrar en escena," que me hizo levantar sobresaltada; me condujeron pasando por

detrás del escenario al bastidor opuesto, por el que mi madre avanzaba, y como el ruído que se produjo en la sala al entrar en escena, me causara gran emoción, mi querida mistress Davenport, *mi ama* en la obra, y el buen M. Keeley, *su Pedro*, así como la mayor parte de los actores, á excepción de mi padre, demasiado conmovido para acercarse, me rodeó, mientras estaba medio desvanecida en brazos de mi tía.

"¡Valor, valor, querida mía; ánimo, pobre niña!, me decía mistress Davenport.

"No piense Ud. en ellos, miss Kemble, me decía Keeley con su voz llorona y nerviosa, de un efecto cómico irresistible, que no he vuelto á oir sin un extremecimiento que nada de cómico tenía, no piense Ud. en ellos más que si estuviera ante un sembrado de coles...

"Ama," dijo mi madre, y mistress Davenport salió cojeando á escena y llamando á su vez:

"—¡Julieta!

"Mi tía me empujó ligeramente y corrí hasta el proscenio; aterrorizada ante el ruído de los aplausos que saludaban mi salida á escena, con la vista velada por una nube y con la sensación de que el verde tapiz que cubría la escena se levantaba al contacto de mis pies, me eché en brazos de mi madre, y allí me quedé como una criatura perseguida, enfrente de aquella sala inmensa llena de seres humanos que me examinaban. No creo que hayan oído una sola palabra de lo que debía decir durante esta escena.

"En la siguiente, la del baile, empecé á olvidarme de mí misma. En la otra, la del balcón, mi turbación había pasado, y según creo, era verdaderamente Julieta.

"La pasión que debía expresar hacía subir á mi cuello y á mis hombros un ardor extraordinario, mientras me embriagaba de poesía, transportándome al mundo imaginario, en que no tenía con-

ciencia de lo que pasaba á mi alrededor. A partir de aquel momento, no volví á sentirme en la vida real, hasta la terminación del drama, que terminó entre salvas de aplausos, mientras que, colmada de felicitaciones, experimentaba un inmenso consuelo al haber salido tan bien de aquella primera prueba."

Así fué como su suerte la condujo á aceptar una profesión que la desagradaba por la parte de artificio y mentira que tiene, á ella, tan natural y tan sencilla, que admiraba á todos por su delicadeza y reserva femeninas.

"Aseguro á Ud., escribía á una amiga al día siguiente del *debut*, que no he abrazado esta profesión sin concebir un serio temor á sus peligros, y sin prometer vigilarme lo más posible, para preservar mi alma de los golpes que pudiera recibir."

Y estos peligros no son los que ustedes supondrán, porque á la edad que es-

cribía esta carta Fanny Kemble, ni los suponía siquiera. No. Es que siendo muy niña se impresionó vivamente por la incurable tristeza de su tía Siddons, por su desprecio de todo lo que la rodeaba, y quería preservarse anticipadamente contra esta melancolía, esta laxitud, este cansancio de la vida que castiga el declinar de las más brillantes existencias, esa tristeza gris que se observa en los grandes cómicos fuera de servicio, como en las majestades caídas y en esos Don Juan tan trabajados y cansados.

No puedo, y lo siento, seguir á Fanny Kemble en todas las peripecias de su doble carrera de artista y de escritora dramática, cuyos altos y bajos nos cuenta, así como sus triunfos y penas, con una honradez y sinceridad grandes. Siempre animosa y consagrada á los suyos, un día la pregunta su padre si consentiría en expatriarse, en hacer una *tournée* por América dos ó tres años, expedición muy

lucrativa, y que liquidaría por fin el desastroso pasado de Covent-Garden. "Vamos," contesta la muchacha; sintiendo sangrar su corazón al dejar aquel público inglés, siempre tan bueno y tan paternal para ella.

"Las lágrimas acudieron á mis ojos al pensar que iba á comparecer ante extranjeros y en extraña tierra... No supe contestar á las vivas demostraciones de mi auditorio más que quitándome el ramo que llevaba á la cintura y arrojándolo á la sala cubierto de besos, como muestra de mi cariño y de mi gratitud."

Parece ser que fué un viaje productivo, pero muy penoso y, sobre todo, antiartístico. La actriz le detalla con una ironía de buen humor paseándonos de escenario en escenario, de punta á cabo de los Estados Unidos, á través de esa boemia ignorante y perezosa, siempre la misma en todos los rincones del mundo. De pronto, en plena vida errante y triun-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA U
"ALFONSO
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

fal, estas líneas paran el viaje y los recuerdos:

"El 7 de Junio de 1834 me casé en Filadelfia con M. Pedro Butler, de esta ciudad."

El libro acaba aquí, libro exquisito, de verdadero poeta, en parte algo romántico y demasiado predicador para mi gusto; pero es cuestión de época y de educación.

Una sola cosa me disgusta, el carácter fatuo, perfectamente inglés, con que la actriz compara en varias ocasiones la "*respectability*" de los artistas de su país con "los desórdenes vergonzosos que caracterizan á los artistas extranjeros." Asombraremos á los ingleses comunicándoles que existen en París algunas Fanny Kemble de gran talento, que por no asistir á los ensayos con una Biblia en el bolsillo, no son menos dignas de elogio, como buenas madres, cariñosas y honradas, y

merecedoras de toda clase de respetos. Bohemios y excéntricos no faltan, es verdad; pero, menos ambiciosos que nuestros vecinos, no pretendemos tener el monopolio.